

Tema para juglares

Por Juan Antonio CORRETJER

(*El Mundo*, San Juan de Puerto Rico, 7 Diciembre de 57).

Esos puertorriqueños, inteligentes, cultivados, dueños del rico don de decir versos bien, tienen en sus manos, si el amor en sus almas los mueve, grata y fecunda tarea. Fecunda, por lo que diré luego. Grata, por lo que digo.

El movimiento de reorganización patria es riquísimo poliedro de acción. Algunos de sus obreros trabajan con sus formas más agrias y crudas. Otros, con problemas de magna importancia, pero cuya realización es trabajo que deleita.

Deleitoso ha de ser dedicarse a una resiembra poética del alma patria. Y lo que humildemente sugiero a mis paisanos dedicados al arte de la declamación es salir al campo. Salir al camino rural; ir al batey legendario; asignarse una vuelta de juglaría por el bello campo de Borinquen. Ir, en fin, a regar semilleros de poesía en el alma pura de nuestra juventud campesina.

No esbozo un programa. Hago, simplemente, una sugerencia fraternal a los hombres y mujeres que mejor declaman en Puerto Rico, para que den recitales en los campos, a gente labriega, en tierra labrantía, del cañar y cafetalera; ganadera y del tacacar; trabajadora de taller o de fábrica. Sugiero fraternalmente que se vaya al pueblo

sin espíritu patrocinador, sin disimuladas condescendencias. El mensaje debe ser alto y claro. La semilla, la mejor que produzca la poesía de habla española. La hoja suelta debe completar la tarea. ¿Puede haber, para artista que ama a su pueblo, trabajo que le dé más deleite?

La labor es, además, fecunda. Debe tener por fruto todo el ciclo histórico del arte. Surge éste, en forma elemental —digamos, aquí, aguinaldo, sante-ría, cerámica— en el fondo genetal del pueblo, para que el artista cultivado, al recogerla, la depure, la afine, y la devuelva, así depurada y afinada, a su fuente original. Paga de este modo el artista su deuda con su pueblo. Pero éste, al recibir la obra de su artista, lo vuelve a producir en forma popular más elevada, de modo que, cuando nuevamente llega hasta los niveles artísticos de la producción culta, el artista cultivado trabaja ya con material mejor haciéndosele superior también su producción nueva.

Toda la educación no está en la escuela, —se ha dicho. Esta sencilla sugerencia a un grupo de mis paisanos puede dar la oportunidad de trabajar en amplio escenario agreste por la cultura puertorriqueña. Docencia docet...

¡Soñemos, alma, soñemos!

Destierro que no acaba

Por Juan Antonio CORRETJER

(*El Mundo*, San Juan de Puerto Rico, 23 de octubre 53).

Es cierto en todas partes. Ver la patria por fuera es dicha de todos. Verla por dentro, privilegio de algunos. Es cierto en todas partes, y, sobre todo, aquí. Porque el coloniaje es destierro que no acaba más que con la independencia del pueblo que lo padece.

Ningún pueblo ha podido llegar todavía a estado tal de su consciencia que le haya permitido vivir en contacto permanente con su realidad. En la aterradora lotería de la historia la democracia ha sido hasta ahora un ideal. Los pueblos no han podido ganar todavía más que aproximaciones. Es eso dolorosa intermitencia, en el contacto de los pueblos con su realidad

lo que determina el grado de conocimiento de sí mismos que los capacita para fundamentar su democracia. Los pueblos que no son dueños de sí no pueden ser democracias. Pueden vivir montando todo el aparato exterior de la mecánica del estado demócrata. Les faltará sin embargo ese poder, mayor cuanto impalpable, que viene del conocimiento de sí y capacita para disponer del alma nacional y del cuerpo patrio según el dictamen del propio conocimiento.

Conocer es ver. Es ver con los ojos de por fuera lo que está afuera. Y es ver con ojos mentales lo que está por dentro. Ver la patria por fuera es dicha de todos; verla por dentro, privi-

legio de algunos. Es cierto en todas partes, y especialmente, aquí. Porque el coloniaje es destierro que no acaba sino con la independencia del pueblo que lo padece. Los pueblos coloniales son almas desterradas en su propio suelo. Su contacto con su realidad es infinitamente menor que el de los pueblos que no lo son. La dicha de todos, que es ver la patria por fuera, es menos dicha. Todos ven: pero su mirada apenas si se posa sobre la superficie, apenas si ve. Sus artistas, sus intelectuales, los que tienen la dicha de ver la patria por dentro; aquéllos cuya tarea es recoger las señales misteriosas que la historia hace en el fondo secreto de las masas, y mostrarlas a todos esclarecidas y visibles, encuentran más difícil el cumplimiento de su tarea y ven la tarea realizada, si no anulada, retardada en su efectividad.

Todo esto he pensado según hojear, una y otra vez, un libro extraordinario, por sus méritos y por lo desconocido, publicado hace 18 años. El conocimiento de la historia y la visión del arte se unieron para darnoslo. Se titula «Diseño Indígena de Puerto Rico Para Usos Industriales». Contiene una obra bellísima, reveladora y utilísima, de la artista puertorriqueña Matilde Pérez de Silva y textos profundos y utilísimos de don Adolfo de Hostos. Es un muestrario espléndido de las posibilidades que para la cerámica, el tejido, el decorado interior y la arquitectura, tiene un arte nacido de nuestras raíces. ¿Qué hemos hecho con ese libro? Apenas conocerlo. Olvidarlo. Menospreciarlo. Ni el conocimiento del Sr. Hostos ni la visión de la Sra. Pérez de Silva han sido aprovechados por la industria puertorriqueña. Preguntad quiénes enseñan dibujo industrial en la Universidad en Río Piedras. Os aseguro que no están allí ni don Adolfo de Hostos ni doña Matilde Pérez de Silva.

Una suscripción al *Rep. Americano*
la consigue Ud. en Chile, con
GEORGE NASCIMENTO y Cia.
Santiago, Casilla N° 2298.

En el Salvador, con el
Prof. ML. VICENTE GAVIDIA
En el Liceo Santaneco
Santa Ana